

OTRA VEZ EL FANTASMA DEL HAMBRE

GRACIELA COLOMBO

DURANTE los últimos días del mes de agosto se celebró en Colombo, Sri Lanka, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre población. Tras varios días de debates y discusiones sobre el tema del crecimiento demográfico y el desarrollo, los asistentes al encuentro resumieron sus puntos de vista en una **Declaración** teñida de matices catastróficos. En síntesis: un nuevo documento que enarbola cifras amenazadoras sobre el crecimiento de la población mundial y que anuncia condiciones desesperadas de hambre y miseria para finales de siglo. Pero en el que una vez más se niegan las causas que determinan el desarrollo desigual y la distinción entre países **desarrollados y en vías de desarrollo**.

La cuestión del crecimiento demográfico preocupó ya en el año 1789 al pastor Thomas Robert Malthus, quien elaboró una serie de teorías orientadas al mantenimiento del statu quo mediante el establecimiento de un control supraestructural de la natalidad. Las corrientes eugenistas norteamericanas de principios de siglo también se ocuparon del tema de cara a acabar con el "mestizaje" entre la herencia anglosajona y los nativos de Europa Central y del Sur.

Pero es en la década del 50 cuando, articulándose con el intento de lograr una mayor tasa de explotación en el desarrollo industrial, hacen su aparición los programas de control de la población. En ese momento, los países de economía dependiente, que en los primeros años posteriores a la segunda guerra mundial habían logrado el equilibrio en su balanza de pagos, se veían ahora inmersos en una progresiva espiral inflacionaria. El cambio de signo es evidente. A pesar de la notable oposición que las burguesías nacionales latinoamericanas, por ejemplo, presentaron a los intereses imperialistas viendo en peligro su desarrollo basado en la sustitución de importaciones que ca-

racterizara el período posbélico, los Estados Unidos ganaron terreno rápidamente. **Desarrollo y ayuda** serán en la década siguiente los ejes sobre los que se estructurará la política exterior norteamericana, ya que, según los expertos, el fantasma de la explosión demográfica se cierne sobre el Tercer Mundo. Ya entre 1930 y 1940 la tasa de crecimiento en el continente americano es de 1,5, es decir, dos veces mayor que la media alcanzada por los países europeos. En 1970, la población del Tercer Mundo aumenta un 2,8 por ciento, una tasa que posibilita doblar la población cada veinte años y multiplicarla por 13 en el curso de un siglo.

Las trabas y críticas religiosas y morales que antes caracterizaron a las actividades relacionadas con el control de la natalidad son eliminadas y suplantadas por razonamientos científicos. Las Fundaciones Ford y Rockefeller comienzan a actuar. Aparentemente dedicadas a la beneficencia, estas organizaciones no son sino un instrumento más de la dominación económica. En 1968 había en los Estados Unidos 25.000 fundaciones que manejaban un activo de 21.000 millones de dólares y que se abocaban a todo tipo de investigaciones y financiamiento de proyectos, entre ellos el de controlar la natalidad en los países en vías de desarrollo.

Las dos Fundaciones mencionadas sustentaron la aparición de organismos oficiales e influyeron decisivamente en la creación de una corriente de opinión en favor del control poblacional dentro mismo de los Estados Unidos y en la incentivación del interés del Departamento de Estado en la cuestión.

En 1952, y contando con el patrocinio de las Fundaciones Ford y Rockefeller, así como con importantes aportaciones del Clan Mellon y Carnegie, nace el Consejo de Población, con un presupuesto inicial de cuatro millones y medio de dólares.

Cuatro años más tarde, el presupuesto alcanzaba la cifra de 18 millones. Con John D. Rockefeller III como primer presidente, el Consejo nuclea en su directorio los intereses de la Continental Oil, de la Fairchild, de la Squibbs y de las Industrias Kaiser, y ha contado con destacadas personalidades como Robert McNamara, presidente del Banco Mundial y secretario de Defensa de John Kennedy, o Lewis L. Strauss, secretario de Comercio de los USA y director de la RCA.

Poco tiempo después, la financiación de las políticas de control pasó a manos de las agencias gubernamentales con la creación de la Agencia para el Desarrollo Internacional o AID.

¿Desarrollo o genocidio?

El presupuesto que inicialmente destinó la AID para el control demográfico fue de 2,1 millones de dólares en el año fiscal 1965. En 1971, dicho presupuesto trepaba a los 100 millones de dólares. Para entonces se había convertido en el principal contribuyente a los programas internacionales de población y en el principal distribuidor de material anticonceptivo en 70 países. El incremento masivo de la financiación para el control de la población en el presupuesto de la AID fue acompañado por un interés decreciente por otros programas de salud que se estaban desarrollando en países con altas tasas de mortalidad. Los 126 millones de dólares destinados a tales fines en 1966 disminuyeron a 77 millones en 1969.

La International Planned Parenthood Federation, que en 1967 recibió por primera vez fondos provenientes de la AID, muy pronto contó con 14 filiales sólo en los países latinoamericanos, ese mismo año, y con el aporte de 300.000 dólares provenientes de la Fundación Rockefeller, se puso en marcha un

programa de control en la región central de Chile, donde se encuentran los dos tercios de la población chilena total. Cuatro años después de iniciado el proyecto, el índice de natalidad había sufrido un descenso del 25 por 100. Por entonces, algunos funcionarios del Gobierno colombiano acusaron a la Fundación Ford de haber esterilizado en el término de dos años a unas 40.000 mujeres bajo promesa de entregarles lápices de labios y perlas artificiales.

La esterilización, que más tarde sería masivamente aplicada como método de control de la natalidad, comenzaba ya a ser aplicada en gran escala. En 1968, el 25 por 100 de las mujeres panameñas con niños pequeños habían sido esterilizadas. En Estados Unidos esta práctica se triplicó desde 1970, hasta alcanzar en la actualidad un millón de casos anuales, principalmente entre mujeres negras, indias, chicanas y puertorriqueñas. Un estudio de la Universidad de Princeton dio a conocer que el 43 por 100 de las mujeres esterilizadas en un año por programas estatales fueron negras. Las cifras indican asimismo que en los hospitales ubicados en áreas donde viven puertorriqueños, el aumento de las esterilizaciones resultó del 180 por 100 entre 1972 y 1973.

En 1977, un diputado costarricense hizo público un informe en el que denunciaba la práctica de esterilizaciones masivas en su país. Unas 50.000 mujeres fueron víctimas de la "operación" entre 1960 y 1976. En Puerto Rico, en tanto, se estima que el 34 por 100 de las mujeres en edad fértil están esterilizadas.

Seguridad militar y control poblacional

Es que una verdad fue tomando cuerpo entre los expertos norteamericanos: en los países subdesarrollados, el ex-



ceso de población —y de hambre— es uno de los factores más importantes como detonador de alzamientos populares. Por eso, Presidentes como Richard Nixon y Lyndon Johnson se preocuparon de los problemas de la seguridad militar a la par que de los de control poblacional.

En los últimos años, y principalmente desde la aprobación del Plan Mundial de Acción en el encuentro de Bucarest (1974), se multiplicaron los servicios de planificación familiar, se extendió profusamente el suministro de anticonceptivos y se produjo un rápido desarrollo de métodos de implantación de dispositivos intrauterinos a bajo costo. Asimismo se incrementaron las campañas de esterilizaciones masivas y la AID y otros organismos internacionales destinaron fondos al rubro de los "incentivos económicos" que se entregaron en concepto de premios a los que se sometieron a la esterilización o el aborto. A finales de 1975, los recursos globales del Fondo de las Naciones Unidas para cuestiones de población eran de 240 millones de dólares. Entre 1975 y 1976,

más de las dos terceras partes de la ayuda exterior norteamericana en concepto de salud se destinaron a las cuestiones de control demográfico.

Junto con la AID, el Consejo de Población y las Fundaciones ofertaron servicios a bajo costo y créditos a largo plazo con bajísimo interés a aquellos países que aceptaron la aplicación de programas masivos de planificación familiar.

Desde 1969, el Banco Mundial fundamentó su política de préstamos en la amenaza de la explosión demográfica. Su Departamento Administrativo hizo público en una oportunidad el objetivo de impedir 840 millones de nacimientos entre 1970 y el año 2000. Durante el seminario sobre el control de la natalidad en América Latina que se celebró en Brasilia en el mes de julio pasado, el ministro de Economía del Estado de Sao Paulo afirmó que el Banco Mundial condicionó el otorgamiento de un crédito para la creación de 300 puestos sanitarios a que el Gobierno brasileño se comprometiese a distribuir masivamente desde dichos centros píldoras anticonceptivas.

Ante un futuro conflictivo

Hoy en día, equipos completos de técnicos estudian los mercados donde vender servicios de contracepción y planificación familiar. Y junto con préstamos para la compra de armamentos y de entrenamiento militar, la metrópoli imperialista y los propietarios del capital financiero internacional facilitan los medios para la adquisición de los materiales necesarios para controlar la natalidad en las periferias, asegurando así a largo plazo la estabilidad del esquema de dominación.

Otra vez la preocupación por el mantenimiento del statu quo. Como Malthus, los neomalthusianos. Por eso la búsqueda de una solución efectiva parece no dar resultado. Porque la explosión demográfica y su secuela de hambre y miseria está estrechamente relacionada con la dependencia estructural y el consiguiente desarrollo desigual. El fantasma de la hambruna que parecía haber quedado racional y técnica-

mente controlado en Bucarest ha vuelto a emerger ante los asistentes a Colombo, que en su Declaración han pedido mil millones de dólares anuales para reducir drásticamente el crecimiento de la población mundial. Asimismo se ha insistido en la necesidad de crear 800 millones de puestos nuevos de trabajo en los países en vías de desarrollo desde ahora hasta finales de siglo, una cifra mucho mayor que el total de la población activa que trabaja actualmente en el mundo desarrollado.

Cabe preguntarse hasta cuándo los expertos en población seguirán recortando la lectura de la realidad y colaborando con el actual esquema de distribución de la riqueza. Porque lo que sí es cierto es que mientras las metrópolis siguen engullendo los elevadísimos beneficios obtenidos en las periferias, el ejército de marginados se multiplica en el Tercer Mundo, las mujeres son sometidas una vez más al ataque y la marginación histórica y aumenta desmesuradamente la posibilidad de un porvenir de pobreza y violencia. ■